

## Semblanza

HOMENAJE

# Cerezo Galán: un filósofo del diálogo

La UCO otorga el doctorado 'honoris causa' al profesor cordobés

Rosa María Rodríguez Ladreda

El día 18 de octubre la Universidad de Córdoba otorgará el doctorado *honoris causa* a un cordobés egregio, figura insigne de la Filosofía española de los últimos 50 años, el profesor de Filosofía Pedro Cerezo Galán. Con ello la Universidad de Córdoba, y en particular la Facultad de Filosofía y Letras, expresa su reconocimiento a una carrera universitaria y docente difícilmente abarcable, no solo por los puestos institucionales que ha ocupado y por la estela de seguidores que ha dejado en diversos ámbitos del pensamiento filosófico español contemporáneo, sino sobre todo por su producción intelectual, a la vez, vasta, rica y profunda, tanto que no se le puede hacer justicia nombrando sus obras más importantes. Intentaré, por tanto, al destacar solo algunos aspectos de ella, calar, a mi juicio, en lo que considero la vocación filosófica más profunda del pensador cordobés, que es la búsqueda de una filosofía del diálogo. Vocación que lo convierte al mismo tiempo en el representante contemporáneo de la larga tradición de la filosofía cordobesa desde la Antigüedad. Pedro Cerezo es uno de los grandes, como así lo reconoce en este acto de investidura la Universidad de Córdoba, que merece ocupar otro gran puesto en la serie histórica de filósofos cordobeses, junto a Séneca, Averroes y Maimónides, no solo por su nacimiento o crianza, sino sobre todo por las líneas maestras de su pensamiento, orientadas a crear una filosofía del diálogo, de fuerte raigambre ético-moral. Para ello, como ya le había ocurrido a José Ortega y Gasset, se nutre en su etapa de formación de la filosofía alemana contemporánea –Heidegger y Hegel le proporcionan el subsuelo filosófico de su pensamiento–, solo de soslayo mira a la filosofía francesa –demasiado marcada por el cartesianismo y el individualismo que éste transpira– y le vuelve la espalda a la filosofía angloamericana, por la que solo muestra un ligero interés para justificar el “*ethos* liberal”, como a él le gusta denominar a su profunda convicción política liberal. Sin embargo, a diferencia de Ortega, en el que prima el liberalismo en su vertiente individualista, la posición de Cerezo es liberal porque es antitotalitaria y antidogmática, y es ambas cosas porque es primordialmente dialógica. Es esa profunda convicción de ejercer la filosofía como diálogo, la que le lleva a adentrarse por los caminos de la filo-

sófica española contemporánea –Ortega, Unamuno, Zubiri– o a rastrear en la literatura española clásica o contemporánea –Cervantes, Quevedo, Machado–, lo que constituirá su segunda andadura filosófica, tal vez buscando una casa más confortable, más humanizada, más próxima. Sin duda, en algunos aspectos, se identifica con Ortega, porque, como él, entiende la filosofía como voluntad de aventura del pensamiento, como proyecto abierto a los encuentros fortuitos del camino. Cuando redacta aquel diálogo imaginario entre Ortega y Heidegger, que redactó en 1987 y que aún suscribe, para oponer dos modos de entender la filosofía, la una como camino que no cesa, hasta que se acaba el tiempo, la de Ortega, expresada como camino de trashumancia y la otra como morada, la de Heidegger, lugar de estancia, desde donde se sale a pasear por caminos de bosque, en los que se corren pequeñas aventuras simuladas,

**Después de su formación alemana, volvió al pensamiento español contemporáneo, tal vez buscando en él un asiento en el que encontrarse más cómodo**

porque se hacen desde la seguridad que otorga saber que, en último término, hay un camino que nos llevará de regreso a la cabaña. De algún modo al expresarse a través de la duda dialéctica entre ambas posiciones, se ubica en la encrucijada de dos modos bastante diferentes de entender la filosofía, aunque con un aire de familia. A veces, parece acercarse más a Ortega, pues los argumentos que pone en boca de éste son más próximos, más castellanos y más mediterráneos, la filosofía se le antoja más “camino” que “morada”, distanciándose así de su primer maestro en filosofía, Heidegger, que subraya la filosofía como morada, como “casa” del ser, refugio, lugar de llegada o estancia.

El camino de trashumancia es duro y con frecuencia hay que dormir al raso y no tiene más fin que pasar el tiempo andando para que el ganado vaya comiendo las hierbas frescas y crecidas. El camino es un fin en sí mismo, no es un juego deportivo, es una necesidad.

La imagen metafórica que utiliza Cerezo

en aquel diálogo imaginario entre Heidegger y Ortega, para expresar dos modos de entender la filosofía quiere también ubicar la filosofía en el mundo de la vida, en sendos modos culturales, uno centro europeo arraigado a un clima frío que necesita del cobijo, y otro mediterráneo, que necesita la intemperie para refrescarse y el diálogo para comunicarse, uno produce unas filosofías más dogmáticas y cerradas y otro filosofías más abiertas al diálogo. Cerezo resalta la voluntad de aventura que subyace a la filosofía de Ortega y la voluntad de permanencia que subyace a la de Heidegger. Dos modelos irreconciliables, pues Ortega entiende “al hombre a partir del extrañamiento de la naturaleza, que tiene que compensar con su aseguramiento y asentamiento en la cultura”. Heidegger, “en cambio en relación al ser, como modo de nuestra pertenencia a lo abierto y desoculto, de que hay que cuidar”.

Después de su formación alemana, Cerezo se había vuelto al pensamiento español contemporáneo, tal vez buscando en él un asiento en el que encontrarse más cómodo que en la fría por abstracta y, tal vez, ajena, filosofía alemana, de la que, sin embargo, no renuncia al rigor, profundidad y altura de miras, virtudes a las que siempre será fiel. Pero en ese mismo retorno al hogar filosófico, a modo de hijo pródigo, Cerezo también refleja esa búsqueda de morada. De algún modo, la elección del tema del diálogo no es ajena a su propia circunstancia, a caballo de dos culturas filosóficas, la alemana y la española. La flaqueza de la filosofía española había llevado a los jóvenes a formarse fuera de España, los polos de atracción habían sido alternativamente Alemania y Francia, debido al influjo cultural de ambas potencias en el siglo XIX. Pero la relación de la filosofía con la cultura alemana decimonónica fue por ese orden, la filosofía creó el *ethos* cultural alemán de la época contemporánea, mientras que en el caso de España, la cultura española tenía ya su propio *ethos*, del catolicismo y no necesitaba la filosofía para nada como no fuera para contrariar a éste, que empezaba a resultar extemporáneo. Por tanto, la importación de la filosofía alemana tenía que producir, forzosamente, en estos jóvenes formados en Alemania, pero con voluntad de autenticidad –en este punto podemos ver paralelismos entre Ortega y Cerezo– una sensación de extrañamiento y de búsqueda de morada del pensar, enraizado en el propio ser.

El profesor Pedro Cerezo Galán.



De algún modo, la llamada del ser desde el acontecimiento histórico y político español era una realidad que tanto a Ortega como a Cerezo les hizo poner los pies en el suelo y bajar de la abstracción filosófica a la arena de la realidad cultural y política española. Cerezo también dejó las aulas y se zambulló en las aguas aún poco claras de la política española de los años 80, tal vez en la confianza del poder de la palabra, que el diálogo no es solo palabra abocada al pacto salomónico, ni a la negociación de intereses, sino que sirve para desvelar el ser, es decir que es razón, que aunque la realidad no sea racional –como pensaba Hegel– sin embargo no hay que renunciar al compromiso de hacerla progresivamente racional.

El diálogo tiene para Cerezo un sentido filosófico fuerte, que no se puede reducir a un mero instrumento para resolver conflictos, sino que supone compromisos epistémicos –voluntad de verdad– y compromisos éticos –valentía y generosidad para aceptar la derrota. El



diálogo como forma de vida supone el *ethos* del reconocimiento recíproco, una actitud desinteresada, de apertura al otro, de estar dispuesto a aceptar al otro en tanto que individuo racional, de aceptar la diferencia que hay entre yo y tú. La construcción de una filosofía del diálogo es un empeño al que Cerezo ha dedicado muchas páginas de reflexión, especialmente en la última década, en la que ha recibido diversos premios y honores de reconocimiento público y ha participado como académico de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, desde cuya tribuna ha alzado su voz para defender la razón civil, fundamento de un *ethos* liberal que dote de contenido moral a la convivencia democrática. Sabido es que la democracia si se reduce a un procedimiento de resolución de conflictos, como mero juego de fuerzas para lograr el poder, deja vacía de sentido ético la vida de los ciudadanos. La insatisfacción moral de los ciudadanos en las democracias contemporáneas, con-

vertidos en meros consumidores, empuja a Cerezo a profundizar en el sentido moral del liberalismo y a interpretar la democracia como una forma de vida fundada en el reconocimiento recíproco y la corresponsabilidad solidaria, para lo cual resulta imprescindible la educación del ciudadano en la práctica de la razón civil mediante el cultivo del *ethos* del diálogo.

Afronta Cerezo la reflexión sobre los graves problemas de convivencia que se encuentran las sociedades contemporáneas y los problemas de presión a los que están sometidas las instituciones del estado-nación desde dentro y desde fuera. Defiende la idea de Europa y su fortaleza para resistir a la inmigración cultural, propia del mundo globalizado actual, con actitud abierta y de tolerancia. En el otro punto de la tensión política están las tendencias disgregadoras del estado-nación que en España tienen una manifestación muy particular, ante las cuales Cerezo se posiciona reclamando la misma generosi-

## Un filósofo cordobés

Pedro Cerezo Galán nació en Hinojosa del Duque (Córdoba) el 14 de febrero de 1935. Cursó el Bachillerato en el Instituto Luis de Góngora, para proseguir estudios universitarios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense, donde obtuvo los grados de Licenciado y Doctor en Filosofía con Sobresaliente y Premio Extraordinario. Tras su doctorado en Filosofía amplió estudios en Alemania, bajo la dirección de Hans Georg Gadamer y Dieter Henrich en la Universidad de Heidelberg (1965-1966) como becario de la Fundación Alexander von Humboldt, y posteriormente en la Universidad de Freiburg. En 1963 obtuvo la Cátedra de Filosofía del Instituto Ausias March de Barcelona y en 1965 la de la Escuela Normal de Magisterio de la misma ciudad, y en 1970 fue nombrado Catedrático de Filosofía de la Universidad de Granada, donde ha desarrollado una larga, intensa y fecunda actividad académica. El 28 de octubre de 1997 ingresó como Miembro de número en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. En el año 2004 obtuvo el Premio Ortega y Gasset con el libro 'El mal del siglo. El conflicto entre Ilustración y Romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX', donde hace un recorrido de los debates ideológicos y el contexto sociopolítico de la España del siglo XIX.

La línea más importante y decisiva de su investigación es la que ha dedicado a la filosofía española del siglo XX, con el objetivo de asentar una sólida tradición de pensamiento hispánico, a la altura de la gran filosofía europea. Sus obras 'Palabra en el tiempo. Poesía y filosofía en Antonio Machado', 'La voluntad de aventura (Aproximaciones críticas al pensamiento de Ortega y Gasset)', 'Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno', 'El mal del siglo' quedan como ejemplares en su género y han determinado una inflexión decisiva en el estudio de la cultura filosófica del siglo XX.

Esta línea de investigación enmarca temáticamente y en actitud el pensamiento de Cerezo Galán en la Escuela de Madrid, y más concretamente, lo enlaza con la herencia intelectual de su maestro español, José Luis López Aranguren. En los últimos años, ha extendido su investigación a los siglos XVI y XVIII del pensamiento español, con contribuciones relevantes sobre Francisco de Vitoria, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús, Cervantes, Calderón, Baltasar Gracián, o Feijóo, con el propósito de poner en fecundo diálogo diversas corrientes de la tradición hispánica.

Entre otros méritos de Cerezo Galán, cabe mencionar igualmente una intensa dedicación docente y de promoción de la cultura filosófica. Ha sido profesor invitado en la Universidad de Würzburg (Alemania), en el Instituto de España en Múnich, en la Universidad Católica de Chile, y en el Instituto italiano per gli Studi filosofici (Nápoles), y ha impartido cursos monográficos en las Universidades de Deusto, Salamanca (en la estatal y en la pontificia),

en la Universidad de Málaga; en la Fundación Juan March, en la Residencia de Estudiantes y en el Instituto de España.

Como secretario en otro tiempo de la sección de Filosofía de la Fundación Juan March, y más tarde, miembro de la Comisión Asesora de la misma, ha desplegado un amplio apoyo a la cultura humanística del país. Uno de esos ejemplos determinantes fue realizar en 1973, contra toda autoridad, el primer homenaje público a Pablo Ruiz Picasso, siendo decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada.

Su relación con la Universidad de Córdoba y, sobre todo, con el área de Filosofía del Departamento de Ciencias Sociales y Humanidades, ha sido continua y fecunda desde 1974, fecha de la creación del antiguo departamento de Historia de la Filosofía.

dad intelectual que es necesario tener para ejercer el diálogo.

La actitud de tolerancia y el *ethos* liberal en elevadas dosis de compromiso moral, poco comunes en el contexto intelectual español actual, empujan a Cerezo a ensayar una filosofía moral del diálogo, tan necesaria como ausente en la cultura política democrática. En Córdoba, que hace gala de haber sido lugar de encuentro intercultural, de diálogo entre diferentes culturas, que no solo han dejado sus huellas en piedra sino también en pensamiento, es preciso reconocer a Cerezo un lugar destacado. Debido a su talante filosófico, de actitud abierta al diálogo, Cerezo contribuye a reafirmar el carácter dialógico de la larga tradición filosófica cordobesa. Cree en el diálogo como método filosófico pero también como método civil de la razón. La actitud de tolerancia, el *ethos* liberal y la filosofía del diálogo guían su particular aventura del pensamiento tras los pasos de una filosofía de la razón civil.